DOMINGO XV DURANTE EL AÑO-B

Este domingo el evangelio de San Marcos nos presenta el envío de Jesús a sus discípulos. Envío marcado por dos elementos importantes: la austeridad y el testimonio de vida. Jesús envía de dos en dos, reflejando así el sentido comunitario de la misión en la Iglesia. Este “de dos en dos” no significa solamente dos personas que comparten una misión, sino también se refiere a cada uno de nosotros enviados junto a la Iglesia. Es decir, “el dos en dos” está formado por cada uno de nosotros y la Iglesia. Cada vez que nos movemos de un lado al otro, damos testimonio personal y eclesial; en nombre de Jesús y de la Iglesia hacemos el bien. Por eso, si voy a visitar a un enfermo, lo hago con la Iglesia; si ayudo a un pobre, lo hago con la Iglesia; si hablo con un amigo que necesita de mi consejo, mis palabras son también de la Iglesia; si comparto un momento de alegría con amigos, lo hago también con la Iglesia. Es decir, físicamente parece que todas las cosas las hago solo, pero en realidad, desde el momento del bautismo, la Iglesia habla y actúa por medio de mí.

En el texto, Jesús especifica algunas cosas: “llevar para el camino sólo un bastón; no llevar ni pan, ni alforja, ni dinero…ir calzados con sandalias y con una túnica”. Veamos por separado las cosas que hay que llevar y las que no. **A)-Las cosas que hay que llevar: 1-un bastón**, es decir, apoyarse sólo en el Señor y en nadie más. No esperar que alguien nos retribuya por el bien que hacemos. Generalmente nadie puede llegar a conocer todo el esfuerzo personal que hacemos cuando queremos ayudar a alguien. Son pocos los que lo ven. Por eso, si nos apoyamos en las personas, podemos caer en el camino. Todas las personas son frágiles, lo reconozcan o no, lo aparenten o no. Sólo el Señor es el único fuerte y poderoso. Al apoyarnos en Él, el camino es siempre seguro, lo cual no significa que no sea difícil de atravesar. Sólo el Señor nos sostiene, nos levanta, nos mantiene en camino, mucho más aun en medio de las debilidades y contrariedades de la vida. **2-Sandalias**: toda nuestra vida es un camino de misión; caminamos por muchos lados; proyectamos, planificamos, y nos ponemos en marcha. Tomamos decisiones importantes en la vida, y otras no tanto. Pero para cada decisión, hay un deseo de ponerse en marcha hacia una dirección. En la época de Jesús, las sandalias eran el calzado de los viajeros, que permitían recorrer largas distancias en forma ligera y liviana. Quizás hoy nosotros diríamos que las zapatillas son el mejor calzado para caminar y viajar justamente por la comodidad y la ligereza que nos proporcionan. Además con las zapatillas es más fácil cargar valijas, y nos dan más seguridad en el caminar. Entonces, ¿por qué las sandalias? También las sandalias eran el calzado de los viajeros pobres, simples y sencillos, ya que debían caminar largas distancias. No tenían medios como los grandes potentados. Por lo tanto, ir con sandalias a llevar la buena noticia a los demás, representa esa sencillez de corazón para llegar al corazón de los demás. El viaje o el camino no es exterior, sino interior. El camino se dirige hacia el corazón de los demás. Y a veces eso implica un largo camino de paciencia, de perseverancia, de insistencia, porque no siempre el corazón del otro se abre fácilmente. Las sandalias representan el camino sin ruidos y sin pisoteos ni patadas de gritos y enojos; es el camino silencioso de quien sabe esperar el proceso de los demás; es el camino respetuoso, sin alarmas, sin agitaciones, sin mensajes desesperantes que provocan angustias y desánimos. Silenciosamente nos deslizamos por el corazón del otro, casi sin que se diera cuenta, suavizando las asperezas y tratando con cuidado las heridas. Es este el camino de misión que Jesús presenta hoy. **3-Una túnica**: no dice dos, sino una. ¿Por qué? Porque el amor de Dios es uno, y es lo único que llevamos puesto para compartirlo con los demás. Llegarán momentos en los cuales el prójimo estará desnudo de amor, de esperanza, de paz. Mi túnica, la única que llevo puesta, será su amor, su esperanza y su paz. La misión que tenemos implica despojarnos aun de aquello que llevamos y que amamos. Despojarme de mí mismo, de mis criterios, de mis iniciativas, para que otros vivan el amor verdadero, el amor de Dios, es parte de este camino de misión. En realidad, quien se despoja de su túnica, nunca queda desnudo, porque la túnica, que es el amor de Dios, se agranda y da lugar a tantas otras personas a quienes comparto este amor.

**B)-Las cosas que no hay que llevar**. **1-Pan**: no significa no comer, sino no llenarse de alimentos innecesarios no aptos para el camino del amor. Y cuando el pan se nos acabe, Dios proveerá y buscará quiénes nos compartirán de su pan. Dios nunca deja sin pan a nadie. Y si alguien no lo tiene, es porque otro se lo quitó. Nuestra misión es justamente llevarle nuevamente el pan del amor a aquellos que han perdido el amor y la paz. Los mensajes irritantes, las palabras groseras, la ira y el descontrol, es la comida chatarra que ofrece el mundo y a veces nosotros mismos. Es ese pan (comida chatarra) que debemos dejar por otro pan: Jesucristo. Mi mensaje es Jesucristo con el cual alimento a los demás. O mi mensaje es ese pan chatarra con el cual desnutro de amor a quien me escucha. **2**-**Alforja**: nadie hace un viaje sin una mínima mochila al hombro. El tema es qué pongo en esa mochila: ¿chismes? ¿Broncas? ¿Malos deseos? ¿Qué llevo en mi mochila para anunciar la vida a los otros? Llenamos nuestra vida y la cargamos con todas estas cosas que resultan siendo un peso insostenible. Y después buscamos a quién dejarle el fardo de nuestro peso. A medida que pasa el tiempo tenemos dos opciones: o aligeramos la carga o la llenamos más. Nosotros mismos nos enredamos con créditos y situaciones económicas que no logramos sostener después. O nos colocamos pesos injustificados porque nos creemos fuertes y después nos terminamos debilitando. Nos hemos cargado demasiado. Jesús nos pide aligerar esta carga para vivir más en paz con los demás y con nosotros mismos. **3-Dinero:** siempre llevamos algo de dinero para un viaje. Pero Jesús nos propone llevar lo necesario para vivir y no una sobreabundancia que se convierte en un lujo para nosotros y en carencia para los pobres. Como ya dije, nuestra misión es un viaje hacia el corazón de los demás. Y para este viaje no hace falta dinero sino amor.

En síntesis, cada uno de nosotros tiene una misión: entrar en la casa, en el corazón del hermano, con mansedumbre y delicadeza, sin cargas que lo aplasten más de lo que ya está. Nuestra palabra, nuestra presencia, para proveerle de la túnica del amor de Dios, es el mejor testimonio que puede aliviarle las penas más escondidas (los espíritus impuros) que ni siquiera él mismo se anima a ver y tocar.